

La luz de la Reina

Reinado 
de María

Lumen

Reginae

N.53-SEPTIEMBRE 2024

¿Por qué Virgen
la Madre de Dios?

ALMA MARIANA

S. Alonso de Orozco

TESTIGOS DE LA
INMACULADA

La Justicia de
Santa María

TOTUS TUUS

“Dios está contento con vuestros
sacrificios, pero no quiere que durmáis
con la cuerda; traerla solo durante el día”.

(QUINTA APARICIÓN DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO DE FÁTIMA)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 53
Septiembre 2024

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.

P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

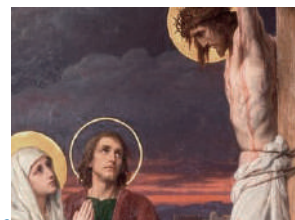
 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL
INMACULADO CORAZÓN

“Ahí tienes a tu hijo...”



07

ALMA MARIANA

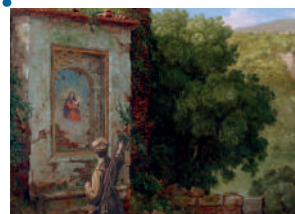
¿Por qué Virgen la Madre de Dios?



08

VICTORIAS DE MARÍA

¿Suerte o Providencia?



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Alonso de Orozco



12

MI INMACULADO
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a cumplir el octavo mandamiento



14

TOTUS TUUS

SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

La Justicia de Santa María



16

REINADO DE CRISTO

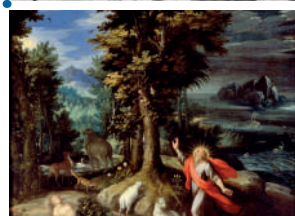
“Nadie puede servir a dos señores...”



18

AL ENCUENTRO
CON EL DIOS UNO Y TRINO

La gloria de la Trinidad en la creación



LA VIRGEN DEL PERPETUO *Stabat*

Septiembre es el mes de la exaltación de la Santa Cruz. Mes en el que celebramos, también, a Nuestra Señora, la Virgen de los Dolores, la virgen del perpetuo Stabat.

Nuestra Madre Dolorosa; la no centrada en su dolor sino en llevar a pleno y cabal cumplimiento el querer del Padre. La que secundó la misión de su Hijo amado aunque le costara morir en Él, con Él y por Él. La adherida, como una lapa a la roca, a la voluntad de Dios.

A veces por huir del dolor que nos provoca el cumplimiento de lo que Dios quiere, terminamos errando el camino. Y lo que es más triste, damos a Dios lo que no nos pide, no lo agradamos. El precio de todo esto es pecadores que no se convierten, almas que se condenan, bien que no se hace, amor de Dios que se pierde porque no encuentra corazones que acojan todos sus querer.

La sabiduría de la Cruz es un llamamiento a hacer de nuestra vida un amor realizado. Amor que se hace vida en el no lucir, en el no huir de las humillaciones, en el amar a pesar de todo, en el caminar a oscuras fiándose de Dios. Amor amasado en dolor, mansedumbre, paciencia, aceptación de los planes de los demás... Esa fue la vida de la Madre Dolorosa, la siempre Señora, la siempre entera, también al pie de la Cruz. Ella sabía que en esa cruz brillaba la luz de Dios, todo su amor a la humanidad, toda la seriedad de su entrega. María comprendió como nadie la sabiduría que encerraba la Cruz de Cristo, en esos momentos

en que todo parecía fracasar, terminarse, hundirse... Fueron sus ojos los que supieron penetrar más allá de lo que parecía evidente, pero que no dejaba de ser apariencia. Lo cierto era la Vida que se encerraba en la muerte. Señora del Fiat. Creyó a Dios. Y por eso nadie la separó del Calvario.

No olvidemos las palabras de San Pablo: «Completo en mi carne los dolores de Cristo, sufriendo por su cuerpo que es la Iglesia»

(Col 1, 24). Santa María, Reina del Cielo y Señora del mundo, estuvo intrépida y fiel junto a la Cruz de su Hijo sufriendo dolor mortal para cooperar, haciéndose una con su Hijo moribundo por el amor, a nuestra redención.

Pidámosle a la Madre del mayor Amor en el mayor dolor, la del siempre Sí, del siempre más, que en los momentos de cruz no claudiquemos, no nos escandalicemos, no reneguemos, ¡no nos quejemos! sino que permanezcamos de pie, como Ella y junto a Ella, cargando con el amor, sin presentar hombros rebeldes a su carga.



MARÍA EN EL NUEVO TESTAMENTO

««Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 25-27)»

«**J**esús pues, viendo a la Madre y al discípulo al cual amaba, dijo a la Madre: “Mujer, he ahí a tu hijo”. A continuación dijo al discípulo: “he ahí a tu Madre”. A partir de entonces la acogió el discípulo entre lo perteneciente a él (entre lo más íntimo de él, como una de las verdades que constituyen el contenido de su fe». (Jn 19,25-27)

Jesús en un acto de supremo amor clava los ojos en mí, piensa en mí. Mira su Madre y promulga la maternidad espiritual de María, que es promulgar la necesidad de su presencia. Hacer de la presencia de María ley universal.

Jesús, muriendo en la cruz, con estas palabras, parte esencial de su Testamento en favor nuestro, nos revela que nos entrega a su Madre; esto es, nos dice que su Madre es también nuestra Madre y que nosotros, los discípulos de Él, somos hijos de Ella a la manera que Él lo es.

San Juan, el discípulo al que amaba Jesús, está al pie de la cruz, representando a todos los que en la sucesión de los tiempos serán discípulos de Jesús.

Nos da Jesús la verdadera dimensión de la maternidad de Santa María: Es una maternidad abarcadora de toda la obra de Jesús, es una maternidad espiritual. El ser espiritual no la hace menos real que la maternidad física; pero sí la hace

misteriosa. Es una maternidad universal.

Esta escena está llena de profundo simbolismo, de apretado trasfondo bíblico.

Bajo el acto de piedad filial de Jesús para con su Madre y exterior que esta escena significa, se encierra toda la profunda y consoladora verdad de que Santa María es la Madre de la Iglesia.

Jesús se dirige a su Santa Madre con la palabra «Mujer» no «María» porque ella es la verdadera «Hija de Sión» madre del verdadero pueblo de Israel (= la Iglesia de Cristo); la verdadera y nueva Mujer puesta junto al verdadero y nuevo Adán para la creación del verdadero y nuevo pueblo de Dios.

Con una mujer, Santa María, que se ofrece como esclava, abre Dios la época de la salvación sin límite y con la misma mujer, Santa María que se ofrece como Madre, cierra Dios con éxito, la

obra gigante de la salvación que obró en Jesús.

Toda la vida de Jesús y su obra se encuentra así incluida dentro de Santa María. Jesús y su obra son eminentemente mariales.

En esta escena del Gólgota en la que Jesús hace a Santa María Madre, la Iglesia nace y Jesús da cumplimiento a la misión redentora que su Padre le ha encomendado. Y le da cumplimiento poniendo a la Iglesia una Madre: Santa María: su misma Madre.

Tenemos pues en esta escena de San Juan 19, 28 la cumbre de la obra mesiánica de Jesús, la manifestación suprema de su amor salvífico a nosotros.

Al pie de la cruz Santa María y San Juan cumplen una función de representación.

Santa María no tiene otro hijo que Jesús. Cuando pues Jesús dice a Santa María: «He ahí a tu hijo» y no «he ahí a ese hombre que es también tu hijo», es que le está diciendo: «Mujer he ahí en San Juan a tu Hijo Jesús». Así de perfectamente madre nuestra quiere Jesús a su Santa Madre.

Santa María al concebir físicamente a Jesús nos concibe espiritualmente a nosotros.



El estar Santa María físicamente junto a la Cruz de Jesús significa que es asociada íntimamente a la obra de Jesús en la Cruz.

«Y a partir de entonces la acogió el discípulo entre lo perteneciente a él (= entre lo más íntimo de él, como una de las verdades que constituyen el contenido de su fe)» (Jn 19, 17b). ¿Qué significa esta conducta de San Juan?

Primero que San Juan condujo a Santa María a su casa pero segundo y principal, que San Juan se abrió a Santa María y se identificó con Ella. Creyó en Santa María: en su excelencia sin igual fuera de la excelencia de su Hijo Jesús. Ser hijo fiel de Santa María para dejarse modelar por ella en la ciencia del Espíritu.

Para San Juan Santa María pasó a ser lo más propio de él. San Juan acogió a Santa María en su intimidad más íntima, la puso

entre los objetos de su fe. San Juan en disponibilidad abierta al testamento de Jesús, ejecutó en él mismo el testamento de Jesús, la voluntad que Jesús expresó en sus últimas palabras de que se hiciese hijo fiel de Santa María, que la acogiese como su madre. Y para San Juan, el discípulo fiel, la Madre de Jesús en adelante fue su propia Madre.

Santa María al pie de la Cruz es en verdad la personificación de la Iglesia, es la Primera Iglesia. Por eso la Iglesia auténtica tiene siempre ‘rostro mariano’, ‘rostro marial’. Toda la Iglesia es mariana.

San Juan al pie de la cruz recibe como única misión el ser hijo fiel de Santa María. Su primera obligación no es predicar el Evangelio sino ser hijo de Santa María para así ser hijo perfecto de Dios. Para Jesús lo primero y más importante no es ser apóstol,

sino creyente, no hacer sino abrirse en fe-amor para acoger a Dios.

La misión de ser apóstol le es encomendada más tarde: después de la Resurrección.

Ser hijos de Santa María para así ser hijos de Dios es lo primero y más fundamental en el discípulo de Cristo.

Ser incorporados al misterio de Santa María, la Iglesia, para ser engendrados hijos de Dios es lo primero y esencial y por lo mismo indispensable e insustituible para poder llegar después a ser apóstol en la Iglesia.

En el Calvario es donde en Santa María la Iglesia nace. Y la primera imposición de Jesús a su Iglesia naciente es, no la de salir a proclamar la buena nueva sino la de hacerse hijos de Santa María, hacer la Iglesia.

En Santa María, Madre de Jesús, nace la Iglesia. Santa María es la Iglesia en su nacimiento, es la Iglesia naciente. Eso es lo que simboliza Santa María conmoviente en el Gólgota, al pie de la Cruz, atravesada su alma por una espada y acogiendo la palabra de su Hijo Jesús que le dice: «Mujer: he ahí a tu hijo»: el engendramiento de la Iglesia, la Iglesia en su comienzo.

Santa María es la encargada de hacer nacer a Cristo en todos y cada uno de los discípulos de Cristo hasta llevarlo en ellos a la perfección: «Mujer he ahí a Tu hijo».

Esa Maternidad de María ya merecida y hecha físicamente real por Cristo puede ser aplicada y hecha eficiente para nosotros plenamente gracias a nuestra aceptación consciente y libre de la consagración mariana.

Mediante la consagración, reconozco que todo cuanto poseo ha sido engendrado en mí por Santa María, me abro a Dios en Santa María, creo a Dios en Santa María y al hacerlo así Dios en Santa María, pasa a poder realizar en mí eso que ya es Santa María de derecho en la virtud de la palabra de Cristo: «Mujer he ahí a Tu Hijo». Y yo paso a ser obra posesión y propiedad de Santa María a la manera que un hijo es obra, posesión y propiedad de su madre.

Al consagrarme a María quito todos los obstáculos que se oponen a que Ella pueda realizar en mí toda la virtualidad-capacidad, que tiene dada por Dios, para engendrarme como engendró a mi cabeza: Cristo, y a que yo quede hecho automáticamente posesión, propiedad de Ella tan plena como un hijo es posesión, propiedad plena de su madre.

Con la consagración mariana reconozco que Santa María como Madre me ha engendrado para Dios. Luego reconozco que todo lo que tengo se lo debo a Ella, es propiedad de Ella, como el hijo es propiedad de su madre. María nos conduce a la Verdad

Estar con María es verse libre de todo error y desviación. Ella es la vencedora de todas las herejías.

Hoy la gran herejía que prevalece es la indiferencia religiosa, que paraliza las almas en el estupor del egoísmo y en las fauces de las pasiones. Hoy el hombre no deja de aspirar a la felicidad, pero muchas veces la confunde con los beneficios de poseer, el poder, la ciencia, la técnica... y apenas aprecia los bienes del Espíritu: la paz, la alegría, la benignidad y la fidelidad.

El poder de María no ha disminuido. A ella está reservada la gran victoria de nuestros días. A ella le corresponde el honor de salvar la fe del naufragio que hoy nos amenaza.

Rezamos con San Bernardo:

«Oh cualquiera que seas, que te ves a ti mismo durante esta existencia mortal más bien flotando en las aguas traicioneras, a merced de los vientos y las olas, que caminando seguro sobre la tierra firme no apartes tus ojos de la luz de esta Estrella faro, no sea que te veas sumergido por la tempestad.

Cuando las tormentas de la tentación rompan sobre ti, cuando te veas arrastrado contra las rocas de la tribulación: Mira a la Estrella, invoca a María.

Cuando te veas golpeado por las olas del orgullo, o de la ambición, o del odio, o de los celos: Mira a la Estrella, invoca a María.

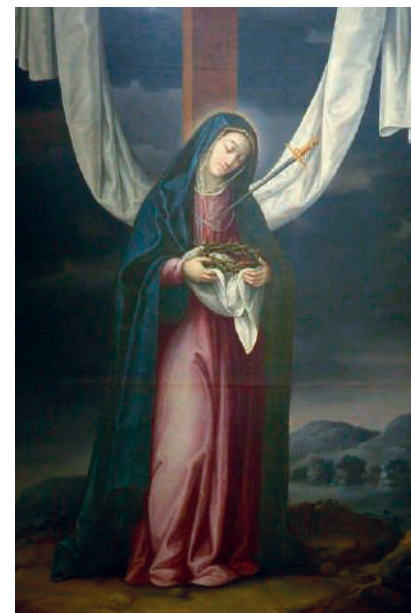
Si, turbado por la perversidad de tus pecados, confundido por el sucio estado de tu conciencia y aterrizado ante el pensamiento del espantoso juicio futuro, empiezas a hundirte en el golfo insondable de la tristeza y a ser tragado por el negro abismo de la desesperación: ¡Oh, entonces, piensa en María!

En los peligros, en las dudas, en todas tus dificultades, piensa en María, invoca a María.

Que su nombre no se separe de tus labios, no toleres jamás que abandone tu corazón. Y a fin de que con más seguridad puedas conseguir la ayuda de sus oraciones, no descuides el caminar sobre sus huellas.

Con Ella por guía, no te extraviarás nunca; mientras la invoques no perderás el ánimo; mientras Ella está en tu mente, te hallarás a salvo de la decepción, mientras te lleva de la mano, no puedes tropezar, bajo su protección no tienes que temer nada, si camina delante nunca te cansarás, si te muestra su favor, con toda seguridad alcanzarás la meta.

Y así experimentarás en ti mismo la verdad de lo que está escrito: Y el nombre de la Virgen era María».



¿Por qué Virgen la Madre de Dios?

La Iglesia afirma la doctrina de la virginidad perpetua de María Santísima. Esto significa que ella fue siempre virgen: antes, durante y después de dar a luz a Jesucristo. La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, se fundamenta en una correcta interpretación de la Revelación, tomando en cuenta la Biblia y la Tradición Apostólica. Veamos una de las razones a la luz de esta breve explicación del P. Molina.



«La virginidad de la Madre de Dios aparece unida a la Maternidad divina en la Sagrada Escritura. La Sagrada Escritura no reconoce a María sino como Virgen y Madre de Dios conjuntamente: Virgen para poder ser Madre de Dios. La gracia de la virginidad es consecuencia de su vocación a ser Madre de Dios. El ser Madre de Dios requería en María el ser Virgen.

La misión de María, a partir de la cual podremos entender qué es María, está en la Maternidad, el ser Madre de Dios. Esta misión requiere el silencio de todo lo demás para ser absorbida, hecha uno –en cuanto cabe en una pura criatura– en Dios y así quedar su naturaleza humana disponible en manos del Padre, con disponibilidad, la más cercana posible a la de la naturaleza divina, en manos del Padre.

Requería además el ser virgen porque María debía ser la disponible, la dócil, la dispuesta a abrirse sin reservas, sin condiciones, sin peros, siempre y en cada momento a los quereres de Dios. Lo absoluto

y radical de esta virginidad-docilidad-disponibilidad María lo manifiesta en su “He aquí la esclava del Señor”. Este “He aquí...” es la respuesta únicamente adecuada y capaz de contener todo el peso infinito de querer hacernos bien de la bondad infinita de Dios. Este “He aquí” lleva a su realización más perfecta lo que Dios quiere que el hombre haga para que Él, Dios, pueda obrar en el hombre. Es lo que Dios pidió a Abraham: “Sal de tu tierra...”.

El Hijo de Dios no ha querido salir de un padre terreno, de una voluntad terrena para que, en el medio más audiovisual y tangible e impactante a los hombres, la generación carnal, apareciera bien claro esto: no es del hombre del que procede la salvación, sino de Dios. Esto es el obediente,

el que sale de sí para aceptar al otro, el que se convierte en canal de los quereres del otro, en mero instrumento en la voluntad del otro. Dios necesita al obediente para realizar su capacidad y tendencia infinita al dar.

María se pone totalmente a disposición de este querer de Dios de hacernos Dios por participación: Y esto lo hace mediante su virginidad. En ella, en su virginidad, es donde puede hacerse realidad el gran y absoluto Don de Dios: Jesús. Jesús sale de Ella, se forma en Ella, pero viene totalmente de arriba.

Esta simbiosis de Dios y el hombre en María la hace posible su virginidad. Su humildad, su obediencia, la ponen en ese estado blando, líquido, en que queda el alma cuando cae en ella el amor».



¿SUERTE O PROVIDENCIA?

En la plaza se aglomeraban diez mil hombres. Era una aldea ribereña del Rhin. Un alemán estaba esa tarde del 1 de mayo de 1925 un poco apartado, contemplando los fuegos artificiales. En la torre del campanario apareció la figura iluminada de la Virgen; era la inauguración del mes de mayo en la aldea. Él nos relata lo siguiente.

«Ya regresaba a casa cuando alguien me detuvo. Era un oficial francés. Quise instintivamente huir, pero en aquella mirada había algo y esperé para ver qué tenía que decirme.

—Perdón —comenzó vacilando—, ¿podría usted decirme si pertenecía a la infantería alemana durante la guerra?

—Con cierta desconfianza, le respondí que sí.

—¡Dios mío! —exclamó alborozado—, fue usted... ¿Adornó usted un día con flores la imagen de la Virgen en Prisieux Ferne? Era en 1918, en el mes de mayo...

Comencé a recordar... ¡La fuente! Había recibido la orden de buscar agua en la fuente, pero me había equivocado, como después me enteré. Había dos fuentes y fui a la que no era. La verja era un montón de escombros. A pesar de ser mediodía, no había nadie por allí. Pensé que nuestras fuerzas no andaban lejos. Unos cuantos arbustos rodeaban la fuente así que tenía

facilidad de recoger el agua que caía sin ser observado por los franceses. A un lado había una imagen de la Virgen descolorida por la intemperie.

Llené las cantimploras y bebí. Hacía tanto calor, que empecé a refrescarme con el agua que caía. Casi me olvidé de la guerra. Reinaba un gran silencio. Después corté flores y unas ramas y adorné con ellas la imagen de la Virgen. Me acordé que estábamos en el mes de mayo. Todos los años iba a la iglesia, pero ¡este año!... Me arrodillé para rezar.

Recogí mis cántaros de agua y me fui pensando que era bueno rezar y me propuse hacerlo con más frecuencia.

De pronto me sobrecogí de pánico. Sin saber por qué comencé a correr y no me detuve hasta llegar a mis trincheras. Entonces me di cuenta del motivo del pánico: varios obuses alemanes pasaron sobre mi cabeza y reventaron precisamente junto a los muros del cercado de la fuente. Otro proyectil estalló más cerca.

Respirando con dificultad y temblando me reuní con mis compañeros. Me dijeron que yo había ido a la otra fuente y que había tenido suerte, pues los franceses habían despedazado la de la derecha, matando a todos los que habían ido por agua.

El recuerdo vivo de esta experiencia vino a mi mente cuando me hizo aquella pregunta el francés. Pero, ¿cómo había podido adivinar eso?

—Le extrañará que le conozca —me interrumpió—, es un milagro: una Providencia de Dios.

Yo quedé mudo. Me rogó le acompañase a su casa.

Una vez allí nos sentamos frente a frente. Se rio nerviosamente. El cigarrillo le tembló un momento entre los dedos.

—En los mismos arbustos que rodeaban a la fuente estábamos ocultos dos sargentos y quince soldados. El centinela que le vio venir estuvo a punto de dispararle. Pero le ordené permanecer quieto, por si usted no venía solo. Era curioso contemplar a un enemigo refrescándose en la fuente frente a la boca de diecisiete rifles. Uno seguía todos sus movimientos con la ametralladora. Era un recluta, para quien hubiese sido una hazaña haberle

despedazado. Miré a mis hombres, todos le observábamos sin pestañear. Ahora usted cortaba ramas casi encima de nuestras cabezas. Podíamos haberle arrastrado dentro del bosque, pero esperábamos para ver lo que usted iba a hacer.

Usted colocó el ramo a los pies de la ornacina de la Virgen y se arrojó ante Ella. El muchacho de la ametralladora, conmovido, la dejó a un lado. Se agrandaron de sorpresa nuestras pupilas al ver a un alemán rezando tranquilamente a la Virgen.

Cuando volvimos de nuestro éxtasis, usted ya se había marchado y había llegado a la protección del muro. Los soldados me miraron interrogantes. Los detuve. Apenas había usted desaparecido, salimos para ver la Virgen que no habíamos visto antes.

Tomé sus flores... Y aquí tiene esta flor seca en mi cartera... Tómela. Siempre la he conservado porque no solo salvó su vida por milagro, sino también la mía.

Recordará usted que apenas se había alejado del bosque, cuando cuatro proyectiles pesados cayeron sobre los arbustos que nos habían ocultado hacía un segundo. Nos habrían alcanzado de no haber salido a ver sus flores, puestas a los pies de la Virgen. Por eso nos salvamos. Solo perdimos el equipo.

No se puede imaginar lo que hemos hablado de usted. Se convirtió en nuestro héroe sin saberlo. No me acordaba bien de su cara, pero hoy le reconocí. ¿Suerte o providencia? Hay cosas cuyo misterio no sabemos.

¡Vamos los dos "enemigos" amigos a rezar de nuevo a la Virgen!».



TESTIGOS DE LA
INMACULADA



San Alonso de Orozco

Alonso de Orozco nació el 17 de octubre de 1500 en Oropesa, Toledo (España), donde su padre era gobernador del castillo local. A la edad de 14 años fue enviado por sus padres a la Universidad de Salamanca. Allí maduró su vocación con la predicación de otro enamorado de la Virgen: Santo Tomás de Villanueva. Ingresó en el convento de San Agustín, emitiendo en 1523 la profesión religiosa en manos de dicho Santo Tomás.

Ordenado sacerdote en 1527, muy pronto lo destinaron al ministerio de la predicación. En 1554, siendo prior en Valladolid, fue nombrado predicador real por el emperador Carlos V y, al trasladarse la Corte a Madrid en 1561, también él pasó a la nueva capital del Reino, fijando su residencia en el convento de San Felipe el Real.

Sin privilegios y rentas, quiso vivir como un fraile más, en pobreza y bajo obediencia. Solamente hacía una comida, dormía a lo sumo tres horas, en una tabla por cama, con sarmientos por colchón. En su celda no había más que una silla, un candil, una escoba y unos libros. La eligió cerca de la portería para atender mejor a los pobres. Sin que la cotidiana asistencia al coro le resultara obstáculo, cumplía con sus obligaciones como predicador regio, visitaba los

hospitales, las prisiones y a los pobres en las calles y en sus casas. El resto del tiempo lo pasaba en oración, y en la composición de sus libros, y sermones. Él mismo cuenta cómo recibió de labios de la Virgen María la orden de escribir. Estaba convencido de escribir por mandato suyo. Sobre la Virgen, destaca su «Tratado de la corona de nuestra Señora».

Su oración personal, centro neurálgico de su vida, tenía un clara devoción eucarística y mariana. Celebraba la Santa Misa a diario y la aconsejaba a todos los sacerdotes. A nuestra Señora le dedicó tres de los cinco conventos que fundó y cantó sus glorias en seis libros y numerosos sermones llenos de lirismo y piedad filial, y puso al servicio de sus privilegios su saber teológico y su genio poético.

En agosto de 1591 enfermó con fiebre, sin faltar por eso ningún día a la celebración de la Misa, ya que repetía con cierto gracejo que «Dios no hace mal a nadie». Su muerte acaeció el 19 de septiembre de 1591 en el Colegio de la Encarnación que había fundado dos años antes.

FLORECILLAS DE SU AMOR A LA VIRGEN:

Fray Francisco de Mondéjar contó a este testigo que un día estuvo acechando en la celda

del siervo de Dios y oyó que estaba hablando con Nuestra Señora y Nuestra Señora con él, y le contó el dicho padre Francisco que fray Alonso de Orozco cantaba de noche y tañía en un manicordio que tenía y se veía la celda llena de luz y de resplandores, y que salía un olor fuertísimo como de cosa del cielo.

Estando en su última enfermedad... el siervo de Dios empezó a llamar a Nuestra Señora, la cual se le apareció y empezó a hablar con Ella con grandísima humildad y, como durase casi una hora este coloquio, la señora Doña María de Aragón le dijo: —Padre, quiere vuestra paternidad tomar alguna cosita. Pero el siervo de Dios respondió: —Ay, señora, ¡qué buenas cosas ha comido quien ha visto a la Madre de Dios y ha estado hablando con Ella!

Y, como un resumen de su devoción a María, escribió: «Aceptad mi experiencia, hermanos: Nadie puede encontrar a Cristo sin la intercesión de su Madre. Ella es Reina de los cielos, Señora de los ángeles, Madre de la misericordia. Abogada de todos los pecadores. En cualquier situación que os encontréis, en la angustia, en la tristeza, invocad a María. Es un astro muy refulgente, colocado en lo alto de los cielos. Cualquiera navegante que se vea en medio de las olas temerosas de este mar o entre los escollos del mundo, fije sus ojos en María. De otro modo, necesariamente naufragará».



LLAMADA A VIVIR EL OCTAVO MANDAMIENTO:

*No levantar
falso testimonio ni mentir*

Dios aborrece la mentira, ya que se opone directamente a Él. «Ahora, mi Señor Dios, tú eres Dios, tus palabras son verdad» (2S 7,28); por eso las promesas de Dios se realizan siempre. Dios es la Verdad misma, sus palabras no pueden engañar. El hombre se puede entregar con toda confianza a la verdad y a la fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. El comienzo del pecado y de la caída del hombre fue una mentira del tentador que indujo a dudar de la palabra de Dios, de su benevolencia y de su fidelidad.

Nunca se debe decir una mentira, ni siquiera para evitar un mal ni aún para salvar la propia vida. Ejemplo de esto lo tenemos en los pastorcitos de Fátima. En varias ocasiones les amenazaron con que revelarían el secreto que les había dado la Señora y ellos prefirieron dejarse meter en la cárcel y aún aceptar la muerte por no revelar el secreto ni inventar nada. La misma Lucía tuvo que sufrir mucho por parte de su madre. En diversas ocasiones la golpeó, creyendo que mentía, y quería obligarla a decir que no había visto nada. A lo que la niña, llorando, respondía: “Pero madre, ¿cómo quiera que diga que no vi, si yo vi?”.

Qué se prohíbe en este mandamiento

Se prohíbe:

- la mentira, que consiste en decir algo falso con intención de engañar al prójimo;
- la simulación, que es una ficción con el fin de causar un juicio erróneo;

Por este mandamiento, Dios nos prohíbe toda especie de mentira y difamación en perjuicio del prójimo. Así habla el Señor: «No esparzas rumores falsos. No te unas a los impíos para testificar en falso. No te dejes arrastrar al mal por la muchedumbre. En las causas no respondas porque así responden otros, falseando la justicia; ni aun en las de los pobres mentirás por compasión de ellos. [...] Aléjate de toda mentira...» (Ex 23, 1-8).

- la hipocresía, que fue el pecado de los fariseos;
- la difamación, o sea, el quitar la fama al prójimo ausente;
- la calumnia, es decir, el imputar al prójimo una acción mala no cometida;
- el juicio temerario, o sea, el creer sin motivo suficiente que el prójimo obra con mala intención;
- la murmuración o sea, hablar de los defectos reales del prójimo en su ausencia;
- el falso testimonio, afirmando algo falso o negando la verdad;
- la burla, poniendo al prójimo en ridículo ante los demás;
- la maldición;
- la violación de un secreto.

Todos tenemos derecho a la fama. Quitar la fama al prójimo de cualquier manera que sea es un pecado. A ninguno nos gusta que hablen mal de nosotros ni que estén divulgando nuestras faltas y defectos, y mucho menos que nos imputen faltas que no hemos cometido. Pues así mismo debemos cuidar mucho que en nuestros labios todos sean honrados y estimados y nunca dar ocasión de que se piense mal de otra persona por culpa nuestra.

Amor a la verdad

La verdad o veracidad es la virtud que consiste en mostrarse verdadero en sus actos y en sus palabras, evitando la duplicidad, la simulación y la hipocresía. El cristiano no debe «avergonzarse de dar testimonio del Señor» (2Tm 1,8) en obras y palabras.

Cuando Pilato preguntó a Jesús si Él era Rey, el Señor le respondió: «Tú lo dices: yo soy Rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo

el que es de la verdad escucha mi voz. Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Dicho esto, se dirigió de nuevo a los judíos y les dijo: Yo no encuentro en él ninguna culpa» (Jn 18, 37-38).

Este pasaje nos muestra cómo se vive en el mundo. Pilatos era juez del Tribunal Supremo, ¡y no sabe qué cosa es la verdad! Ni lo quiso saber, porque no esperó la respuesta de Jesús. No le interesaba instruirse... Así viven muchas personas en el mundo: la verdad no les interesa, y, sin embargo, no llegaremos al Cielo si no vamos por el camino de la verdad. (Cf. Ap 21,12).

Así fue como Pilatos, dando oído a la calumnia, condenó a muerte a un inocente. Si nos fuese posible desenrollar el hilo de la historia humana, ¿cuántos condenados a muerte no encontraríamos víctimas de la calumnia, de la mentira, de juramentos falsos, de odios, envidias y venganzas?

La transgresión de este mandamiento es muy grave, con ella se ofende a Dios en la persona del prójimo. Es una infracción contra el precepto de la justicia y de la caridad, con el que Jesucristo nos manda tratar al prójimo: «Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15, 12). En otro lugar, recomendando lo mismo nos dice: «Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos: Ésta es la Ley y los Profetas» (Mt 7, 12).

El mensaje de Nuestra Señora en Fátima no es sino una llamada de atención contra todos esos pecados que ofenden tanto a Dios. Por eso, una vez más, recordamos la súplica de Nuestra Señora: «No ofendan más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido».



ERA UNA Señora brillante MÁS QUE EL Sol

Lucía nos va a dar una idea de lo que fue aquel movimiento del día 13:

Al acercarse la hora fui a Cova da Iría con Jacinta y Francisco, entre numerosas personas que con mucho trabajo nos dejaban andar. Los caminos estaban apiñados de gente. Todos querían vernos y hablarnos; allí no había respetos humanos...

Llegados los niños junto a la encina, Lucía como de costumbre, ordenó al pueblo que rezara el rosario que ella misma dirigía...

–Quiero que continuéis rezando el Rosario a Nuestra Señora del Rosario todos los días para alcanzar el fin de la guerra.

Y, repitiendo lo que ya les había dicho los meses precedentes, insiste en que no falten allí el día 13 de octubre en que vendrá San José con el Niño Jesús para dar la paz al mundo, Nuestro Señor para bendecir al pueblo, y después se verá a Nuestra Señora de los Dolores y a Nuestra Señora del Carmen.

–Me han suplicado que os pida muchas cosas...

–A algunos curaré, a otros no, porque Nuestro Señor no se fía de ellos...

El obstáculo para el milagro sería para unos la falta de disposiciones suficientes; para otros la enfermedad será un bien mayor que la curación.

–Empleen la mitad del dinero, que hasta hoy habéis recibido, en las andas, y sobre una de ellas pongan a Nuestra Señora del Rosario; la otra parte será para ayuda a de la construcción de una capilla.

(Extractos de Era una Señora más brillante que el sol, de Joao de Marchi)



LA
Justicia
DE
Santa María

¿Hemos oído decir alguna vez que Jesucristo como juez se ha reservado toda la justicia, y a su Madre le ha confiado solamente el ejercicio de la Misericordia, Reina de clemencia?

Así es. Sin embargo, hoy vamos a hablar de la virtud cardinal de la justicia en Nuestra Señora.

La justicia puede tener un sentido bíblico, de santidad o cumplimiento íntegro de la ley de Dios. El hombre justo, evocado con frecuencia en las Sagradas Escrituras, se distingue por la rectitud habitual de sus pensamientos y de su conducta con el prójimo.

Hablamos de esta virtud en su forma especial. La justicia se define: *una virtud moral sobrenatural que inclina constante y perpetuamente a la voluntad a dar a cada uno lo que le pertenece estrictamente.*

La justicia tiene como partes integrantes *hacer el bien y evitar el mal*. En sí misma se subdivide en **tres especies**: *justicia legal, distributiva y conmutativa.*

Sus principales **virtudes derivadas** son las siguientes: la *religión*, con respecto a Dios; la *piedad*, con respecto a los propios padres y a la patria; la *obediencia*, con respecto a los superiores; la *gratitud*, por los beneficios recibidos, y la *amistad o afabilidad* en el trato con los prójimos.

Esto mismo se puede ver en el Catecismo de la Iglesia Católica (nº 1807).

La justicia en María

De las partes integrantes de la justicia, antes vistas, es evidente que María durante toda su vida *practicó el bien* en grado jamás igualado por nadie (a excepción, naturalmente, del mismo Cristo) y *evitó el mal*, puesto que no contrajo jamás la menor sombra de pecado, ni de imperfección moral.

Y en cuanto a las especies de la justicia en sí misma, es indudable que practicó la justicia legal (v.gr., emprendiendo el penoso viaje a Belén para empadronarse, según el decreto del emperador romano); la distributiva, dando a cada uno lo que le correspondía en cada caso, y la conmutativa (v.gr., pagando el justo precio al realizar las pobres compras para la alimentación del Niño y de San José).

La religión o justicia para con Dios

Jesús respondió a los que le preguntaron si era lícito pagar el tributo al César: *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21). Ahora bien, la Virgen María cumplió perfectamente el precepto de su divino Hijo. Dio constantemente a Dios lo que era de Dios y a sus representantes lo que les era debido en cuanto tales.

El culto debido a Dios constituye la virtud de la religión, parte potencial o virtud derivada de la justicia. María lo practicó fidelísimamente en su doble aspecto interno y externo.

En primer lugar, tributó a Dios el **culto interno**, que se compone de dos actos fun-

damentales: la devoción y la oración.

a) María es modelo sublime de devoción o entrega a Dios. Su entrega fue pronta, íntegra, total, desde que tuvo uso de razón hasta que exhaló su último suspiro en un éxtasis suavísimo de amor.

b) La oración en su forma íntima y contemplativa (como acto interno del culto debido a Dios) fue la vida de la vida de María. Era como la respiración del alma: algo absolutamente necesario en cada instante, como el aire es en cada instante necesario para la respiración de nuestros pulmones. Y en cuanto a la oración de súplica o de petición, María fue la orante por antonomasia.

Rogó siempre por sí misma y especialmente por los demás. Y actualmente en el cielo alcanza del Señor, con sus méritos e intercesión, absolutamente todas las gracias que se conceden a los hombres como Mediadora y Dispensadora universal de todas ellas.

En segundo lugar, María tributó a Dios el **culto externo**, cuyos principales actos son la *adoración*, el *sacrificio*, las *ofrendas u oblaciones*, el *voto* y la *invocación del nombre de Dios*. Todos ellos los practicó fidelísimamente María, según indicios suficientes que encontramos en el mismo Evangelio.

La justicia para con el prójimo

Esta justicia obliga a dar a cada uno lo que le corresponde, a no defraudar a nadie en cosa alguna. Hemos de respetar todo lo que es propiedad legítima del prójimo y ni con palabras..., ni

con obras..., ni con deseos, podemos atentar contra ella.

¡Cuántas veces se falta en esto..., con juicios temerarios, con palabras de crítica, de ironía, con torcidas y maliciosas interpretaciones...! — Muchos pecados no son solo contra la caridad, ya que la mayor parte de los casos es faltamos contra la justicia.

Contemplemos la conducta de la Santísima Virgen con todos los que la rodeaban. Cómo se colocaba en el puesto que le correspondía y respetaba el de los demás.

Ella era la Madre de Dios..., pero San José era la cabeza de la casa, el padre de familia... y María le rinde la más pronta, sumisa y perfecta *obediencia*... No discute contra sus disposiciones...

A Ella le toca obedecer, y obedece sin protestar, sea lo que sea: ahora a Belén..., luego a Egipto..., a Nazaret..., a Jerusalén... María, calla y obedece; ese es su deber con su esposo y así lo cumple exactamente.

Y ¿cómo cumplió sus deberes de Madre de Jesús?... ¿No le consagró la más constante y tierna solicitud maternal?... ¿No vivió toda para Él..., únicamente para Él?

Con sus parientes, conocidos e iguales, con Santa Isabel: esa fraternal amistad, ese servicio en cuanto ve que es necesario.

Ante los bienes recibidos, Santa María tiene un sincero y humilde reconocimiento, un estallido de gratitud, como se ve en el Magnificat.

Pidamos imitar esta exactitud en los deberes..., en saber vivir en nuestro puesto... y en respetar los derechos de los demás.

«NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES...»

Cristo presenta dos caminos opuestos entre los cuales se debe elegir e invita a desembarazarse de toda solicitud excesivamente humana en orden a las necesidades temporales.

Las actividades, trabajos y fuerzas de un hombre que pretendiese prestar sus servicios a la vez a dos amos, necesariamente se verían divididas en direcciones contrarias, ya que tanto Dios como las riquezas solicitan a todo el hombre, los dos amos tienen intereses absorbentes y divergentes. Hay que decidirse o por la entrega total a la voluntad de Dios o por el amor y disfrute de los bienes de este mundo. Repugna que un corazón entregado a las cosas de la tierra pueda servir a Dios.

Jesús no se cansa de insistir sobre este punto fundamental del dinero y las riquezas. Proclama la incompatibilidad entre el servicio a Dios y el servicio idolátrico al dinero, es decir, a la codicia de bienes temporales cuando a manera de culto degradante, más sirve el hombre a ellos que ellos al hombre. No debe el hombre ocuparse de bienes transitorios que no dan

estabilidad a su existencia. Todas las realidades terrenas tienen un valor en relación a Dios y, por lo tanto, cuando son empleadas según el orden querido por Él.

La posesión de bienes temporales no es de suyo un estado de pecado ni causa de condenación, aunque sí ofrece serios peligros. No es la pobreza material en sí misma la que salva al hombre. Esta no es suficiente para librarlo de la esclavitud del dinero, si no va acompañada de la pobreza espiritual, es decir, de la pobreza de los afectos, de los deseos y de las ansiedades por los bienes terrenos. Quien después de haber renunciado a algo continúa alimentando su deseo y nostalgia, tendrá siempre el corazón atado a ello.

La simiente fecunda de la palabra de Dios no puede llegar a la madurez en quien tiene el corazón ocupado y preocupado por los bienes terrenos. El

hombre por su codicia, se deja fascinar de ellos y se hace su esclavo, a tal punto de preferirlos a Dios. Esta riqueza a la que se refiere Jesús en su Evangelio no solo ha de aplicarse al que posee mucho, sino sobre todo al que está apegado a lo que posee por poco que esto sea y no solo al dinero, sino a sus talentos, u otros bienes o cualidades. Dice el Concilio Vaticano II en Lumen Gentium 42: «Estén todos atentos a encauzar rectamente sus afectos, no sea que el uso de las cosas del mundo y un apego a las riquezas contrario al espíritu de pobreza evangélica, les impida la persecución de la caridad perfecta». El dinero, a menudo manchado con alguna culpa, esclaviza al hombre hasta el punto de separarlo de Dios. Con estas enseñanzas, no excluye Jesús de su reino sino a aquellos ricos que, apegándose a sus riquezas, ponen en ella su fin y todo su afecto.

De la soberbia, que con frecuencia engendra la riqueza, se deriva la falta de piedad hacia Dios y la dureza de corazón para con el prójimo. Es humilde en medio de las riquezas quien comprendiendo su vanidad apoya su vida en Dios y se considera



mero administrador de los bienes que la Providencia le ha confiado.

Por consiguiente, debemos vigilar cómo usamos los bienes materiales para no caer en la ambición o la codicia, hacia lo cual se desliza y apega lentamente el corazón. El cristiano, en el uso de los bienes terrenos debe ser moderado y debe saber mortificarse —en sus pasiones, deseos desordenados y codicias— para morir al pecado que lo aparta de Dios.

El seguidor de Cristo se debe distinguir por su absoluta confianza en el Padre celestial, siendo generoso para compartir sus bienes con los necesitados, con y por amor, de modo que sus manos estén siempre limpias y llenas de buenas obras para poder ser recibido en las moradas eternas; pero si, por el contrario, pone en su vida a la par a Dios y al dinero, queriendo amarlos a la vez, estará dividido e infeliz, porque sólo la unidad en el Amor da la verdadera paz y de ella

brota espontáneamente la generosidad y la compasión por la miseria ajena.

Invoquemos la intercesión de la Virgen María con el título de Madre de la Divina Providencia para que aprendamos a vivir siguiendo un estilo más sencillo y sobrio en la vida diaria sin apegarnos a los bienes de la tierra, con un corazón indiviso, aplicado solo al amor de Dios, sin olvidarnos de los más necesitados.

“NADIE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES: PORQUE ABORRECERÁ A UNO Y AMARÁ AL OTRO; O BIEN, SE ENTREGARÁ A UNO Y DESPRECIARÁ AL OTRO. NO PODÉIS SERVIR A DIOS Y AL DINERO”. (MT. 6, 24)

La Gloria de Trinidad

EN LA CREACIÓN

Nuestra vida consagrada a María nos va purificando los ojos y el corazón, hasta llegar a ver a Dios en todas las maravillas de la creación. Así nos lo enseñó S.S. San Juan Pablo II, en su catequesis del 26 de enero de 2000.

«“¿Qué amables son todas sus obras! y eso que es sólo una chispa lo que de ellas podemos conocer. (...) Nada ha hecho in-

completo. (...) ¿Quién se saciará de contemplar su gloria? Mucho más podríamos decir y nunca acabaríamos; broche de mis pa-

labras: ‘Él lo es todo’. ¿Dónde hallar fuerza para glorificarle? ¡Él es mucho más grande que todas sus obras!” (Si 42, 22. 24-25; 43, 27-28).

Con estas palabras, llenas de estupor, un sabio bíblico, el Sirácida, expresaba su admiración ante el esplendor de la creación,



alabando a Dios. Es un pequeño retazo del hilo de contemplación y meditación que recorre todas las sagradas Escrituras, desde las primeras líneas del Génesis, cuando en el silencio de la nada surgen las criaturas, convocadas por la Palabra eficaz del Creador.

“Dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz” (*Gn* 1, 3). Ya en esta parte del primer relato de la creación se ve en acción la Palabra de Dios, de la que san Juan dirá: “En el principio existía la Palabra (...) y la Palabra era Dios. (...) Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe” (*Jn* 1, 1. 3). San Pablo reafirmará en el himno de la carta a los Colosenses que “en él (Cristo) fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles: los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades. Todo fue creado por él y para él; él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia” (*Col* 1, 16-17).

Pero en el instante inicial de la creación se vislumbra también al Espíritu: “el Espíritu de Dios aleataba por encima de las aguas” (*Gn* 1, 2). Podemos decir, con la tradición cristiana, que la gloria de la Trinidad resplandece en la creación.

En efecto, a la luz de la Revelación, es posible ver cómo el acto creativo es apropiado ante todo al “Padre de las luces en quien no hay cambio ni sombra de rotación” (*St* 1, 17). Él resplandece sobre todo el horizonte, como canta el Salmista: “¡Oh Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Tú ensalzaste tu majestad sobre los cielos” (*Sal* 8, 2). Dios “afianzó el orbe, y no se moverá” (*Sal* 96, 10) y frente a la nada, representada simbólicamente por las aguas caóticas que elevan su voz, el Creador se yergue dando consis-

tencia y seguridad: “Levantando los ríos, Señor, levantan los ríos su voz, levantan los ríos su fragor; pero más que la voz de las aguas caudalosas, más potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor” (*Sal* 93, 3-4).

En la sagrada Escritura la creación a menudo está vinculada también a la Palabra divina que irrumpe y actúa: “La palabra del Señor hizo el cielo; el aliento de su boca, sus ejércitos (...). Él lo dijo, y existió; él lo mandó, y surgió” (*Sal* 33, 6. 9); “Él envía su mensaje a la tierra; su palabra corre veloz” (*Sal* 147, 15). En la literatura sapiencial veterotestamentaria la Sabiduría divina, personificada, es la que da origen al cosmos, actuando el proyecto de la mente de Dios (cf. *Pr* 8, 22-31). Ya hemos dicho que san Juan y san Pablo verán en la Palabra y en la Sabiduría de Dios el anuncio de la acción de Cristo: “del cual proceden todas las cosas y para el cual somos” (*1 Co* 8, 6), porque “por él hizo (Dios) también el mundo” (*Hb* 1, 2).

Por último, otras veces, la Escritura subraya el papel del Espíritu de Dios en el acto creador: “Envías tu Espíritu y son creados, y renuevas la faz de la tierra” (*Sal* 104, 30). El mismo Espíritu es representado simbólicamente por el soplo de la boca de Dios, que da vida y conciencia al hombre (cf. *Gn* 2, 7) y le devuelve la vida en la resurrección, como anuncia el profeta Ezequiel en una página sugestiva, donde el Espíritu actúa para hacer revivir huesos ya secos (cf. *Ez* 37, 1-14). Ese mismo soplo domina las aguas del mar en el éxodo de Israel de Egipto (cf. *Ex* 15, 8. 10). También el Espíritu regenera a la criatura humana, como dirá Jesús en el diálogo nocturno con Nicodemo: “En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíri-

tu no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu” (*Jn* 3, 5-6).

Frente a la gloria de la Trinidad en la creación, el hombre debe contemplar, cantar, volver a sentir asombro. Para el creyente contemplar lo creado es también escuchar un mensaje, oír una voz paradójica y silenciosa, como nos sugiere el “Salmo del sol”: “El cielo proclama la gloria de Dios; el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje” (*Sal* 19, 2-5).

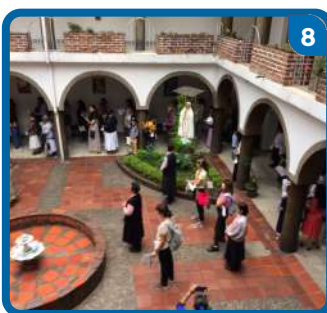
Por consiguiente, la naturaleza se transforma en un evangelio que nos habla de Dios: “de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor” (*Sb* 13, 5).

San Pablo nos enseña que “lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad” (*Rm* 1, 20). Pero esta capacidad de contemplación y conocimiento, este descubrimiento de una presencia trascendente en lo creado, nos debe llevar también a redescubrir nuestra fraternidad con la tierra, a la que estamos vinculados desde nuestra misma creación (cf. *Gn* 2, 7).

Esta era precisamente la meta que el Antiguo Testamento recomendaba para el jubileo judío, cuando la tierra descansaba y el hombre cogía lo que de forma espontánea le ofrecía el campo (cf. *Lv* 25, 11-12). Si la naturaleza no es violentada y humillada, vuelve a ser hermana del hombre».

“ En María, la alegría de Dios entra en el mundo”.

(M. M^a Teresa De Simone)



01-02) Diversas actividades de los miembros el Reinado de María en Lima (Perú). 03) Celebración del Primer Sábado de Mes en la Parroquia San Martín de Porres en Huancaro (Cusco, Perú). 04-05) Jornadas de evangelización y actividades marianas en Santiago (Chile). 06-07) Jornada mariana y procesión en Santo Domingo (República Dominicana). 08-09) Celebración del Primer Sábado de Mes en Medellín (Colombia).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org
www.reinadodemaria.org

